

ROBERT PINSKY: *Democracy, Culture and the Voice of Poetry*, Princeton University Press, Princeton, New York, 2002. 96 páginas.

Es difícil encontrar un sitio para la poesía en la sociedad de mercado actual y en su correspondiente democracia. Para el autor de este libro, un poeta laureado y de reconocimiento popular en Estados Unidos, ese lugar prácticamente no existe. Lo interesante de *Democracy, Culture and the Voice of Poetry* es su intención de demostrar el alcance teórico político que la poesía tiene, de hecho, en su país y en su tradición social.

No es el primero que, ante la esterilidad cada vez más manifiesta de la sociedad liberal —en cierto modo la esterilidad teórica del siglo veinte—, se decide a reivindicar una nueva fuente de imaginación para el verbo poético. George Kateb lo hizo en su momento con Walt Whitman, pero también Richard Rorty en su huida hacia la literatura y Stanley Fish, con su retorno a lo retórico de la democracia, son ejemplos de lo anterior.

Pinsky afirma que la “voz de la poesía” también ha de vérselas con los miedos más virulentos de una época de impaciencias. El lugar de la poesía en Estados Unidos está en un nódulo de “ansiedades acerca de la cultura misma y de la idea de democracia” (p. 2). La poesía norteamericana actual se las ha de ver, por un lado, con “la pesadilla de la indiferenciación, una pérdida de la diversidad cultural comparable a la pérdida de la biodiversidad” (p. 3). Entre cientos de lenguas perdidas en el siglo veinte, desaparecidas con todos sus alfabetos y delicadas estructuras épicas, la poesía vive en un mundo de masas de mercado que ha sido exportado desde occidente al mundo entero.

Pero, por otra parte, vive el miedo cervical de un faccionalismo maligno tribalizado que se mueve entre “las brutalidades paranoicas de la limpieza étnica y el terrorismo sin piedad hasta las divisiones de la cultura de masas en nichos”

(p. 4). La explotación fanática de la diferencia por la tiranía se ha multiplicado y ha adquirido una fuerza especial debido a los medios tecnológicos de que se dispone. Se rompen los clubs cívicos locales y el culto a la xenofobia brota del miedo paranoico de las nuevas generaciones de demócratas. Ciudadanos a los que Pinsky ve como salvajes casi analfabetos producidos por los medios de comunicación. En este contexto cultural la *City* o gran ciudad es “un sueño cívico”: un sueño de posibilidades, una realidad “de ladrillo y hormigón que da cuerpo no tanto del pasado como del deseo” (p. 8). Para Pinsky, el poeta americano es un veterano de todas estas ansiedades (p. 9).

El autor no se libra de acudir a Alexis de Tocqueville para reflexionar sobre la América horizontal del siglo dieciocho, una sociedad que parece desintegrar las jerarquías y los conjuntos políticos hasta crear un individuo plano y desprovisto de la intensidad lírica que requiere la poesía. Queda claro que Pinsky ignora la dimensión épica de lo poemático, como si esto no le encajase en su comprensión de la poesía.

Pero encuentra también en Tocqueville una especie de intuición casi adivinatoria o profética sobre el nuevo tipo de poesía que esta sociedad, tan vacía existencialmente, puede acabar dando con el tiempo. Porque, si la historia vincula a la poesía con las sociedades jerárquicas y predemocráticas, la naturaleza corpórea de lo poético se vincula a la idea democrática de la dignidad del individuo (p. 17). La experiencia americana del individualismo, y desde luego su encuentro con la experiencia americana de la masa, queda reflejada en su poesía. La soledad de la lírica “por la naturaleza de la soledad humana y de la voz humana, invoca una presencia social” (p. 18). La vocalidad de la poesía que envuelve la energía de la

mente hacia el habla y el encanto, también involucra algo así como “una presencia social”.

Resulta atractivo cómo el autor conecta realidades sociales íntimas de los espacios públicos internos, un ejemplo es el abandono depresivo, con las cadencias musicales de la poesía. “El alma normal —dice Pinsky— también está poblada ella misma de cadencias” (p. 20).

En cada poema se evoca el mundo con una intimidad especial mediante el nivel voluntario de la voz misma. Pero la vida comunitaria también está presente, implícita o explícitamente, en las cadencias del lenguaje como una especie de “fantasma somático”. Y así puede darse una “mimesis de la vida social en el sonido rítmico de un poema” (p. 26). Pinsky ve de hecho en la vergüenza (*embarrassment*) y el abandono (*abandonment*) “los paralelos sociales de los miedos a la uniformidad y la disolución” (p. 30).

En definitiva, “la poesía siempre incluye el ámbito social porque la propia voz de la poesía evoca la atenta presencia de algún otro” (p. 30).

Resulta muy interesante cómo Pinsky valora la poesía como un elemento relevante de la capacidad humana para teorizar, para entender nuestra experiencia y explorar en ella. Lo específico de la poesía, nos dice, es que “aun cuando pueda ser social —y desde luego ha sido gloriosamente teatral— en última instancia empieza como algo profundamente interior” (p. 43).

La voz de la poesía queda parangonada con el teatro en su trabajo por la construcción y ensanchamiento de lo humano:

El arte de la actuación teatral, inmediata y manifiestamente social, se mueve de fuera adentro, penetrando hacia el interior desde lo espectacularmente audible, la presencia visible. La poesía procede en la dirección opuesta (p. 43).

La indagación que Pinsky hace de la poesía y su voz como parte de la vida de

un país, desde luego como componente de su cultura, nos atrae por su insistencia en valorarla como parte de la capacidad teórica de una nación. Su insistencia en valorar a las distintas culturas emigradas a los Estados Unidos como culturas bengalíes-americanas, afro-americanas, camboyanas-americanas, concede la sugerencia de que por encima de la fuerza de la lengua y de la raíces antropológicas se expresa la pertenencia a un país con identidad política, una asociación que genera derechos, estructura, y que alimenta un mercado, otorga prestigios y autorizaciones. La poesía expresa por tanto una manera de pensar la vida política que puede que no sea evidente, pero que resulta trascendente para asegurar su identidad. La presencia de la poesía en la vida social de los americanos, nos insiste, refleja implícitamente la lucha de sus ciudadanos con las ansiedades culturales.

La sociedad gigantesca, desconcertante y banal, provinciana y global, amenazadora y a la vez cargada de esperanzas y posibilidades de hacer cosas (p. 89), aporta sus elementos propios a una poesía de gran hondura a veces. Las ansiedades del individuo, que parece asfixiado por una parte y languidece en el aislamiento por otra, son también grandes temas de esta poesía que afronta a veces lo más profundo del vivir (p. 80) en un país como Estados Unidos. Una lucha constante entre el aislamiento estéril y la envolvente masa que todo lo pulveriza, desprestigia y banaliza como consumible. Una poesía que vive al día la idea central americana de que “*whatever is consumed is good*” (p. 77) y, a la vez, la peculiar insistencia cuasi religiosa en “una concentración intensa en la conciencia individual” (p. 62).

Sin duda, esta voz de la poesía sí está teniendo algo muy serio que decir, con su especificidad y abstracción, acerca de las ansiedades de una cultura de masas que convive las veinticuatro horas del día con “un destino individual enigmático”.

Responde y evoca nuestras ansiedades y fragmentaciones con la fiera ingenuidad de sus cadencias, la audacia de sus referencias (p. 93).

Como muy bien concluye el autor “a la tesis americana de una mortal ausencia de cultura y su antítesis, una omnicultura devoradora, el poema responde con una síntesis que no es traducible por el periodismo ni la pedantería”.

El lugar de la poesía en la vida americana es el tema central de este libro. La poesía, según él, refleja —porque lo vive íntimamente— la incoherencia de la propia sociedad americana que, por una parte, empuja y glorifica la soberanía del individuo mientras, por otro lado, incrusta al sujeto en una sociedad de masas donde las magnitudes de la megaeconomía imponen unas dimensiones a la vida en

las que cuesta mantener diferenciado el yo de cada uno de nosotros.

Esas incoherencias, que se convierten con frecuencia en ansiedades muy fuertes, son también las que promueven y activan la poesía del país.

El poeta vive en su intimidad esa lucha ansiosa, pero a su vez se ofrece a la sociedad para que, con su reconocimiento, le utilice como instrumento de indagación. Un trabajo personal e intransferible en los hoyos insondables de la sensibilidad individual, siempre única e irrepetible.

La poesía tendría así, siguiendo con Pinsky, una gran importancia en la reflexión de la sociedad sobre sí misma y sus problemas, sobre sus capacidades y limitaciones; sobre sus dolencias y glorias.

JAIME MACABÍAS